

7851

*"mas vale encender una vela que
maldecir las tinieblas"*

(slogan de la campaña filipina)

www.archivopatricioaylwin.cl

PRESENTACION

Las páginas que siguen son un breve ensayo sobre la situación política. Ellas representan algunas reflexiones surgidas de mi experiencia de Secretario General de la Democracia Cristiana y de la actual condición que vive el país.

En los próximos meses vamos a decidir la suerte general de la Nación. Pero, detrás de esa abstracción, decidimos en gran medida la vida de cada chilena o chileno y en el futuro de cada joven y de cada familia. También, entonces, la vida de mi familia y de mis hijos, porque no decir lo, en gran medida las condiciones de nuestra propia existencia.

De continuar esta experiencia autoritaria habremos gastado los años más importantes de nuestra vida en hechos para crecer y construir en libertad un país de hermanos y una sociedad próspera y justa, en la lucha contra una dictadura que nos ha despojado el oxígeno democrático de nuestra patria, contexto indispensable para que cada hombre o mujer puedan llegar a ser en plenitud.

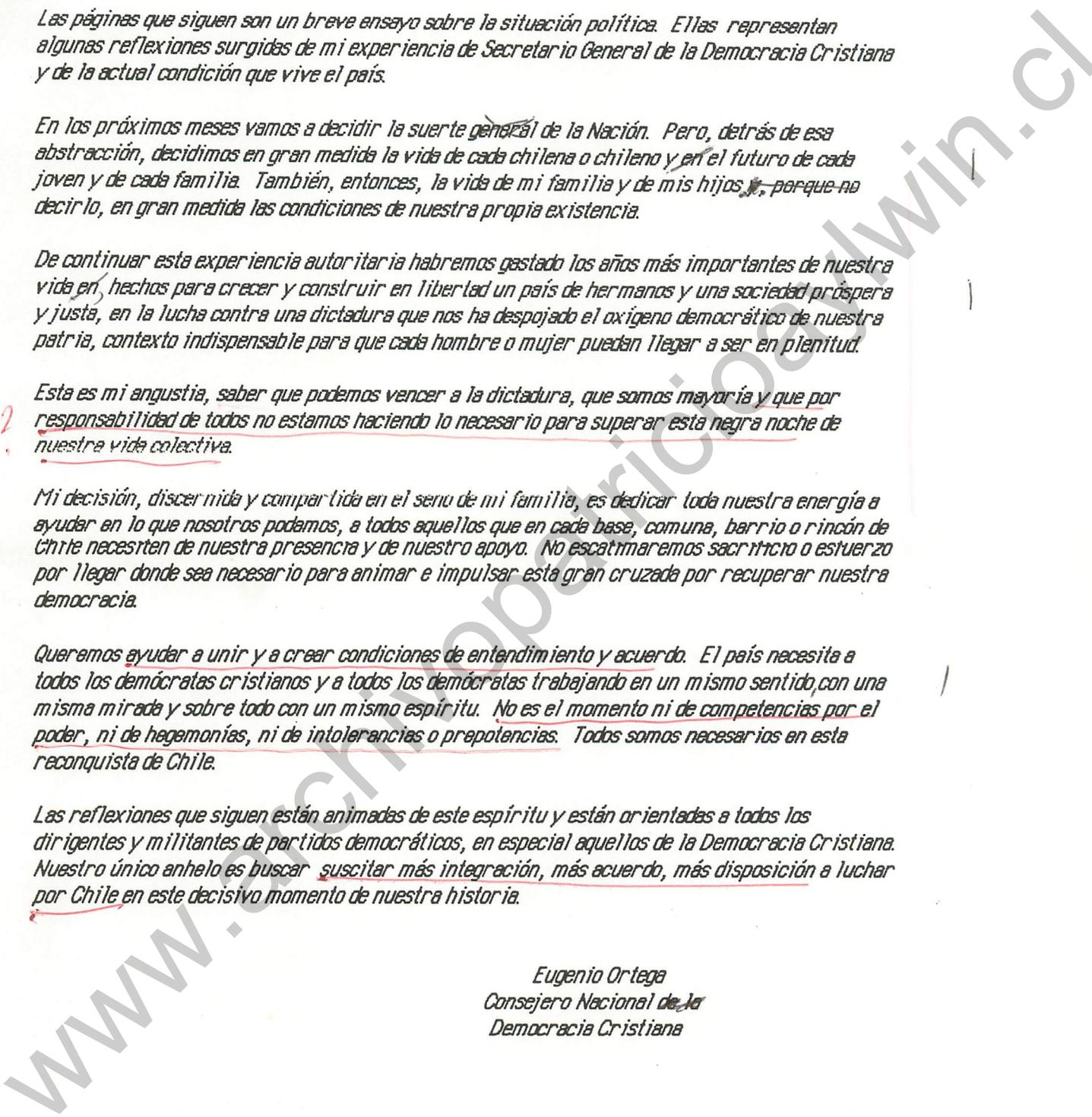
Esta es mi angustia, saber que podemos vencer a la dictadura, que somos mayoría y que por responsabilidad de todos no estamos haciendo lo necesario para superar esta negra noche de nuestra vida colectiva.

Mi decisión, discernida y compartida en el seno de mi familia, es dedicar toda nuestra energía a ayudar en lo que nosotros podamos, a todos aquellos que en cada base, comuna, barrio o rincón de Chile necesiten de nuestra presencia y de nuestro apoyo. No escatmaremos sacrificio o esfuerzo por llegar donde sea necesario para animar e impulsar esta gran cruzada por recuperar nuestra democracia.

Queremos ayudar a unir y a crear condiciones de entendimiento y acuerdo. El país necesita a todos los demócratas cristianos y a todos los demócratas trabajando en un mismo sentido, con una misma mirada y sobre todo con un mismo espíritu. No es el momento ni de competencias por el poder, ni de hegemonías, ni de intolerancias o prepotencias. Todos somos necesarios en esta reconquista de Chile.

Las reflexiones que siguen están animadas de este espíritu y están orientadas a todos los dirigentes y militantes de partidos democráticos, en especial aquellos de la Democracia Cristiana. Nuestro único anhelo es buscar suscitar más integración, más acuerdo, más disposición a luchar por Chile en este decisivo momento de nuestra historia.

Eugenio Ortega
Consejero Nacional de la
Democracia Cristiana



INDICE	PAG.
INTRODUCCION	1
I. DE LA CONCIENCIA A LA ACCION	3
1. Los resultados de un régimen	3
2. La profundidad y extensión de la crisis	4
3. Viejos y nuevos problemas no resueltos	5
4. El camino recorrido: un camino para la unidad nacional	7
5. Despertar en el pueblo el "fuego de lo positivo"	9
II. NUESTRAS TAREAS DE HOY	11
1. Despertar el alma de Chile para un proyecto nacional	12
2. Elecciones libres, un mensaje nacional y popular	15
3. Futuro y coyuntura: la DC y la Concertación política	18
III. LOS EXTREMOS BUSCAN SU ESPACIO	20
1. La Derecha oficialista	20
2. El Partido Comunista	23
IV. A MODO DE CONCLUSION	25

INTRODUCCION

El país se encuentra en un periodo en el cual se deben tomar decisiones de gran trascendencia para el futuro de la nación. Una vez transcurrida la visita de su Santidad Juan Pablo II, y después de escuchar su mensaje en tierra chilena, el país entró a otra etapa política. El gobierno desoyó su llamado y continuó inflexible su estrategia. Por eso nos veremos abocados a tener que afrontar grandes desafíos, unos herencia de nuestra historia reciente y otros como resultado de más largos procesos sociales, económicos y políticos.

La sociedad chilena se encuentra en una encrucijada que abrirá paso a una nueva etapa histórica. El signo de ella es desconocido. ¿Se logrará establecer la unidad nacional en democracia y con ello resolver los graves problemas nacionales estableciéndose formas permanentes de convivencia política, de paz y de progreso? O por el contrario, la sociedad chilena continuará su tendencia a la confrontación y a la desintegración?

El inicio de una nueva etapa de la historia nacional, pasará por nuestras manos, para bien o para mal. Ante esta crucial responsabilidad ciudadana en muchos compatriotas existe apatía, frustración, cansancio y desinterés frente a tantos intentos políticos y económicos que han fracasado o a demasiadas desilusiones, tensiones y conflictos que poco o nada han resuelto.

El oficialismo y cierta derecha satisfecha, creen haber construido las bases institucionales para enfrentar el futuro. Dividen a su interés y arbitrio al país entre buenos y malos y pretenden convencer a los chilenos que sus arreglos y cosmética de última hora los libera de sus responsabilidades con este gobierno y los habilita para presentarse ante el país como alternativa y renovación. ?

Otros, en cambio, vemos el futuro con preocupación patriótica. La actual situación del país puede ser sólo caracterizada con la palabra DECADENCIA. Como lo gritara Vicente Huidobro: "No hay derecho a la decadencia sin haber tenido apogeo"! Sí. La nación chilena deberá decidir entre profundizar esta decadencia o emprender la difícil pero posible tarea histórica de construir un futuro de dignidad y grandeza para todos los chilenos. Nuestra historia fue un proceso de esfuerzo y sacrificio siempre en ascenso. Desgraciadamente este proceso se frustró y no logramos la construcción de una sociedad y un estado democrático con bienestar y dignidad para todos los ciudadanos. Es posible retomar este camino de superación nacional. La condición es clara, no continuar haciendo todo lo necesario para hundirnos cada día en forma más irrevocable en una crisis permanente.

Ha llegado, por lo tanto, la hora de hacer un supremo esfuerzo para que esta generación afronte con voluntad, realismo y constancia la recuperación de Chile de su frustración, lo que irremediamente está ligado a la recuperación de la Democracia. Esto implica desarrollar a fondo los acuerdos políticos al interior de los partidos democráticos y entre ellos.

Podríamos sintetizar nuestra preocupación y nuestro anhelo en una pregunta vital para el futuro de Chile: ¿Cómo sobrepasar los obstáculos que nos impiden dar ese salto cualitativo del camino de la decadencia al camino de la superación nacional, es decir, cómo enfrentar el futuro y superar esta fangosa etapa de nuestra historia?

Muchos estudios y ensayos han puesto en evidencia los grandes desafíos que debemos afrontar. Ellos en síntesis son los siguientes:

a) Chile no ha resuelto en el último tiempo ninguno de sus problemas fundamentales que lo coloque en situación de que los ciudadanos puedan mirar con tranquilidad el futuro. Al contrario, se ha profundizado la distancia y división que separa a los chilenos. No se ha forjado la unidad nacional basada en los consensos que toda sociedad requiere para su desarrollo, como son los consensos constitucionales sobre régimen político, estructura socio-económica, organización social, participación popular, desarrollo regional, inserción de Chile en el mundo, relaciones entre civiles y militares, etc. La crisis del país es más profunda de lo que muchos observan y, sin tener plena conciencia de ella, es difícil medir la tarea histórica que debemos enfrentar para colocarnos todos a la altura de la responsabilidad que tenemos en la construcción de la grandeza de Chile.

b) Lo anterior se agrava por la determinación del General Pinochet de continuar en el Gobierno y de imposibilitar a las Fuerzas Armadas su participación en el esfuerzo de crear un gran consenso nacional que reconcilie a la familia chilena. Hasta ahora los llamados militares aperturistas no logran manifestarse y al final se sigue imponiendo sobre ellos, si los hubiera, la voluntad del General. Ello obliga a la civilidad democrática a un doble esfuerzo, el de crear un poder social, político y electoral que enfrente la inflexibilidad y ambición del Jefe del Estado y, al mismo tiempo, mantener, por si ello fuera posible, una oferta de negociación y acuerdo con las Fuerzas Armadas que no signifique ni claudicación para civiles ni derrota para los militares, pero sí doblegar la tozudez del General. En gran parte el futuro de Chile dependerá de cómo se desate este nudo central de la relación entre civiles y militares para encaminar al país a la democracia.

c) La civilidad política democrática, representada en el arco de partidos firmantes del Acuerdo Nacional y de las Bases de Sustentación, debe mostrar al país unidad y un espíritu de grandeza. Al superar viejas pugnas del pasado, se ha ido logrando unir a estos partidos alrededor de ciertos objetivos que sirvan para ofrecer un camino y una estrategia realista para el futuro del país. Es de gran urgencia concretar el largo camino de reencuentro entre los partidos en un acuerdo para esta etapa de la vida nacional. Sin este acuerdo no habrá ninguna solución para la coyuntura ni menos para los graves problemas nacionales. En otras palabras, su atomización deja al país a la iniciativa de los dos extremos, lo que hace inviable la recuperación de Chile.

d) En este contexto debe ubicarse el papel central que la Democracia Cristiana tiene que jugar en esta hora, no sólo manteniendo su unidad y buscando acuerdos internos frente a los cambiantes problemas políticos, sino también proponiendo al país y a los partidos democráticos iniciativas de concertación y coordinación, que con realismo puedan ser llevadas a cabo y que generen optimismo y esperanza porque asumen los problemas y anhelos de la vida diaria de la mujer y hombre de nuestra Patria, que espera testimonios de unidad.

Existe hoy una gran expectativa, mezcla de desconcierto y confusión y de ilusión y esperanza. Es la hora de desarrollar una gran estrategia para movilizar a toda la sociedad tras un PROYECTO NACIONAL que supere el régimen dictatorial e inicie una nueva etapa histórica bajo el signo de la paz, la reconciliación, la tolerancia, la justicia y la libertad. Esta es nuestra primerísima obligación.

¿Cómo entonces encaminar los pasos para servir a Chile y su pueblo en esta crítica situación nacional?

I. DE LA CONCIENCIA A LA ACCION

1. Los resultados de un régimen.

Dirigentes de la oposición han afirmado que la actual conducción de los asuntos públicos, durante este largo período de catorce años, ha sido un fracaso. En este período no se habrían resuelto ninguno de los grandes problemas nacionales.

En discursos oficiales por otra parte, se realiza una evaluación de la gestión de Pinochet absolutamente diferente. Para algunos voceros gubernamentales en estos años se ha logrado la más grande gesta de salvación nacional, de progreso y desarrollo. Es comprensible, entonces, que los juicios de oposición molesten a los personeros del oficialismo. En los últimos días el General Matthei ha vuelto sobre este problema de la evaluación de los resultados del régimen.

Es un deber ciudadano, por lo tanto, observar con objetividad y sentido de la verdad, cuál es la obra llevada a cabo durante la actual experiencia militar. Esta evaluación debe hacerse a partir de los objetivos que el propio régimen se propuso. La pregunta central que debiéramos plantearnos es, ¿cuáles son las realizaciones significativas del gobierno de las FF.AA. y de Orden?

Para este propósito, sugiero doce preguntas que podrían servir para que cada chileno incluido cada militar realice este examen a partir de su propia experiencia personal o familiar.

1.1. ¿Debiéramos reconocer al gobierno, después de catorce años de gestión el haber "restaurado la institucionalidad quebrantada", es decir el respeto a los Derechos Humanos, el Estado de Derecho y la Democracia Representativa? no

1.2. Durante este período ¿se ha logrado eficiencia y equidad en el desarrollo del país y se han mejorado las posibilidades de trabajo y bienestar para las grandes mayorías? no

1.3. La actual administración ¿ha servido, como proclamó, para darle más legitimidad social a la empresa privada y para mejorar la seguridad patrimonial de los empresarios? ?

1.4. Según el compromiso contraído en los primeros bandos del gobierno, ¿puede afirmarse que el régimen militar ha reconocido y respetado los derechos de los trabajadores y sus organizaciones? ¿Son escuchadas y atendidas sus demandas y aspiraciones? ¿El plan laboral representa el sentir de las organizaciones sindicales? no

1.5. La "guerra" desatada contra los partidos que conformaron la Unidad Popular ¿ha servido para que en esta década y media se disminuya o se aumente la influencia del partido comunista y de los grupos políticos de origen ideológico marxistaleninista, de los cuales nos habla tanto el General Pinochet? no

1.6. ¿Se ha velado por el interés público con la privatización y desnacionalización de empresas, el subsidio del Estado al sistema financiero, los negocios de los pagarés de la deuda externa, el aval del Estado a la deuda contraída por particulares en el extranjero? no

1.7. ¿Podemos reconocer que este gobierno ha creado condiciones de unidad y paz social y que las personas se sienten seguras y protegidas por una autoridad respetuosa del derecho individual, social y político? no

1.8 Los chilenos, ¿nos sentimos satisfechos con el nivel de prestigio internacional que el país hoy día presenta, de tal manera de influir y negociar en un plano de igualdad para así proteger la seguridad y el interés nacional?

1.9 Se ha anunciado en forma reiterada el objetivo de la descentralización nacional. ¿Consideramos un logro el nivel de participación que las comunidades locales han tenido en la gestión de los municipios, provincias o regiones y el nivel de bienestar que ellas han alcanzado?

1.10 ¿Puede el país estar satisfecho con los niveles de empleo, remuneraciones, gasto social y con la inversión en programas de desarrollo que nos capacite a pagar la elevada deuda externa que se ha contraído en este período?

1.11 ¿Podemos reconocer que durante el régimen militar se han disminuido las barreras que separaban a civiles y militares, existiendo hoy más interrelación, comprensión y motivación por trabajar unidos por la grandeza de la Patria?

1.12 ¿Debiéramos por último, reconocerle al gobierno estar creando en la juventud chilena esperanza y optimismo y, sobre todo, oportunidades para trabajar y desarrollarse personal y socialmente?

En una palabra ¿Chile puede mirar con tranquilidad su futuro?

Cada chileno en su conciencia tiene una respuesta. Cualquiera ella sea estoy cierto que, al mismo tiempo, tiene un anhelo y una esperanza: que todos aprendamos la lección de este doloroso pasado.

2. La profundidad y extensión de la crisis

Nuestro diagnóstico es que existe una grave crisis nacional.

No es el objeto de estas líneas el hacer un análisis exhaustivo de la crisis de Chile, pero vale la pena hacer un sintético balance para tener la presente como telón de fondo de nuestra estrategia y de nuestra tarea hacia el futuro. Muchos expertos y dirigentes de instituciones espirituales, de partidos o de grupos sociales en declaraciones, estudios o documentos han aumentado y extendido la percepción de la dimensión y profundidad de dicha crisis.

Sabemos hoy que ella toca las raíces mismas de la nacionalidad. Es una crisis de valores compartidos, de falta de consensos en instituciones, normas y conductas democráticas. No tenemos un acuerdo sobre una Constitución. Se han desacreditado hasta el extremo instituciones como la Justicia y las Fuerzas Armadas. Las declaraciones del Mayor Fernández Larrios son para los Tribunales y para el Ejército otro episodio más de la serie de hechos de violencia que se mantienen impunes. Los chilenos no compartimos, en la práctica, la misma valoración de los derechos humanos, del derecho a la vida y su privacidad, de la dignidad de cada persona y familia.

La verdad es tergiversada o acallada y se ha institucionalizado la mentira sutil o abierta por parte de quienes tienen el poder para controlar los medios de comunicación, especialmente la televisión. Toda la institucionalidad ha sido impuesta a los chilenos, siendo hoy muchas normas constitucionales y legales una camisa de fuerza incluso para quienes las han apoyado.

Se ha desarrollado la marginalidad social y demasiado tiempo muchos chilenos han sufrido el hambre, la miseria, la cesantía, la degradación de la familia y la falta de expectativas, especialmente de la juventud. Miles y miles de chilenos ven transcurrir sus vidas sin sentido,

motivación o progreso. La clase media, funcionaria o productiva, se ha empobrecido y los trabajadores y campesinos sin organización ni derechos reconocidos, han debido enfrentar la pérdida de sus tierras o fuentes de trabajo, la persecución de sus organizaciones, la caída de sus niveles de vida y la angustia y el temor a la cesantía. El conflicto de clases se ha hecho más hondo y radical.

La Universidad se ha militarizado y se desarrolla en ella un ambiente de intolerancia y falta de libertad y respeto al quehacer académico y a la participación de los estudiantes. El gobierno quiere ahogar la inteligencia para ahogar la libertad. Por eso la torpe e increíble acción contra la Universidad de Chile. Vale la pena recordar lo que dijera Ortega y Gasset: "las naciones han pesado en la historia tanto cuanto han pesado sus universidades". La universidad chilena asfixiada ha sido el signo de un Chile disminuido en el concierto mundial.

El país en términos reales no ha crecido en estos 14 años, prácticamente no recuperamos los niveles de vida de 1970. En este tiempo se ha desmantelado mucha de su estructura productiva, no ha habido una auténtica descentralización y desarrollo regional y miles de empresarios y de pequeños ahorrantes se han endeudado o están impagos. Grandes grupos económicos institucionalizaron la especulación y la riqueza fácil a costa de las grandes mayorías nacionales. El Estado se ha jibarizado y a expensas del pueblo se han subsidiado los malos negocios especialmente del sistema financiero y se ha comprometido el aval del estado para responder por deudas externas contraídas por particulares. Se ha privatizado o desnacionalizado el patrimonio nacional y se ha comprometido la moralidad pública.

La modestia y austeridad que eran un signo de la cultura nacional, se han perdido y muchos militares y civiles que acceden al poder político o económico mantienen estilos de vida que son un escándalo frente a la miseria de la otra parte del país.

Nunca en su historia el prestigio y la influencia de Chile en el mundo, había estado más disminuido, habiéndose constituido este Gobierno en el símbolo mundial de la dictadura de derecha arbitraria y opresora. Hechos y más hechos se exhiben cada día en las pantallas de televisión del mundo. Lonquén, Covema, Punta Arenas, degollados, desaparecidos, quemados, torturas, exilio, Letelier, Prat, Leighton, Tucapel Jiménez, Mario Martínez, Mario Fernández, etc., etc. Tantos hechos sin que se haga justicia y sin que se haya hecho efectiva la responsabilidad política de parte de quienes tienen el control del aparato represivo del Estado.

Al terrorismo de Estado se ha sumado el terrorismo de grupos de extrema izquierda que creen que la violencia de otro signo podrá traer a Chile la justicia y la paz.

Jamás imaginamos que en Chile sucediera lo que aquí hemos recordado. Todo esto y tanto más hemos vivido. Casi nos hemos acostumbrado a vivir en medio de esta crisis nacional. Así y todo llegamos a 1987 después de 14 años de dictadura, que como "avances" sólo puede mostrar una modernización agrícola, un aumento de la capacidad exportadora del país y ciertas mejoras en la eficiencia administrativa. Pero lo fundamental es que las bases institucionales, culturales, educacionales, políticas, económicas, sociales, regionales e internacionales del país han sido afectadas, comprometiendo la suerte y futuro de la nación. En una palabra, la medida con que juzgamos al régimen es no haber creado las condiciones de una verdadera unidad nacional.

3. Viejos y nuevos problemas no resueltos

Además de lo anterior, es necesario recordar que toda sociedad, muchas veces en forma casi imperceptible para la conciencia de las personas, se ve afectada por grandes transformaciones o

mutaciones, las cuales suceden, algunas de ellas, en largos períodos de tiempo. La futura democracia chilena, por ejemplo, deberá enfrentar una masiva incorporación electoral y social, llegando este hecho a ser un desafío nuevo para el país, el estructurar una eficiente democracia de masas. Más de 8 millones de chilenos deberán ser convocados a participar en las decisiones del destino nacional y a organizarse como sociedad civil para ser sujetos activos en la construcción del régimen político y del desarrollo. Lo anterior se verá agravado por el efecto que ejerce la televisión como medio de comunicación que transforma la cultura de los países y su quehacer político. La democracia chilena todavía no ha vivido períodos largos de estabilidad con estos dos nuevos factores.

En este contexto las demandas populares contenidas durante tanto tiempo, especialmente aquellas de los jóvenes, se harán presente en democracia con fuerza, cuando no con rebeldía.

Por otro lado, con un Estado disminuido, con un problema de dependencia externa tan agudo y con un sector privado, especialmente los grandes grupos económicos, tan deslegitimado ante el pueblo, se hará enormemente difícil el primer gobierno democrático y la estabilidad del futuro régimen.

La base socio-política de una alternativa debe ser de amplia base para poder mantener el orden y la seguridad, la eficiencia y la equidad. Por eso, las actuales decisiones de los partidos deben tener presente este cuadro de dificultades que caracteriza nuestra realidad social, económica y política.

Desgraciadamente estos hechos se dan en un país, como recordaba siempre Frei, con un desarrollo difícil, con una sociedad segmentada y dividida y con una débil organización social y una dependencia de las regiones y provincias del centralismo metropolitano. Antiguo problema que hoy todavía enfrentamos. Abdón Cifuentes en 1862 ponía de relieve "la falta de iniciativa individual o colectiva de los ciudadanos, especialmente de los provincianos", cuya causa él la veía en la excesiva "centralización administrativa". "Por eso los pueblos -decía- se han acostumbrado a esperar todo del gobierno. Desde entonces, comencé a detectar -afirmaba Cifuentes- la excesiva centralización que producía la apoplejía en la cabeza y la parálisis del cuerpo social". (Memorias 1936, página 62). A más de cien años de este acerto, podemos ver todavía disminuidas nuestras provincias, viviendo en un contexto cultural y socio-económico, dependiente del centro metropolitano.

Las profundas transformaciones del mundo internacional, los cambios tecnológicos de la tercera revolución industrial, los desequilibrios económicos, financieros y comerciales del mundo, los pocos avances en la integración de la región latinoamericana y los progresos relativos de otros países subdesarrollados de la tierra, hacen que la inserción de Chile en el concierto mundial hoy día requiera de un gran esfuerzo colectivo para romper enormes barreras y abrirnos espacios en la comunidad internacional.

Nuestro debate de ayer

Pero Chile sigue marcando el paso. Todo aún está en discusión. Viejos y nuevos problemas nos aquejan y nos interpelan como país. En relación al régimen político, por ejemplo, se mantiene un debate desde el siglo pasado entre quienes creen necesario un presidencialismo fuerte por sobre la prerrogativa del parlamento. Otros en cambio piensan en un régimen semi-presidencial y hay quienes plantean derechamente la necesidad de establecer un régimen parlamentario, señalando que lo que se califica de "parlamentarismo" no fue sino un remedo de tal sistema de gobierno.

Revivimos hoy disputas del siglo pasado sobre el rol y tamaño del Estado y su relación con la sociedad y con la empresa privada. Discutimos el tipo de relación y apertura que nuestra economía

debe tener con el exterior, lo que implica toda una visión sobre el desarrollo industrial, agrícola y minero. Nos diferencia como ayer el tema de la educación, el rol del Estado, la forma de establecer la libertad de enseñanza y la responsabilidad de las regiones y comunas. Mantenemos desacuerdos sobre la participación y papel de las fuerzas sociales, organizaciones gremiales, sindicales y las formas de mantener su autonomía, regular los conflictos y de canalizar su aporte a nivel de la empresa, la región o el país. Debatimos hoy como hace cien años el rol de los partidos y su vinculación con la sociedad y hasta el tema de religión y política vuelve a estar en nuestras discusiones. Ciertamente que la función de las Fuerzas Armadas en el sistema político y social es otro de los viejos y actuales temas del debate nacional. Añejas concepciones corporativas o nacionalistas de vieja historia, algunos las presentan como novedades de este siglo y para estos tiempos.

Podríamos continuar este recuento de temas centrales para la vida y estabilidad institucional del país que son objeto de disenso entre las grandes corrientes nacionales. Detrás de este debate existen rígidas concepciones ideologizadas que, en algunos casos, han dificultado la mirada de Chile con una capacidad de realismo y con una disponibilidad al diálogo y al acuerdo.

Al mismo tiempo hemos observado la experiencia mundial y hemos visto que la condición esencial del progreso y la estabilidad democrática dependen del grado de unidad, tolerancia y acuerdo entre los diversos sectores políticos y sociales. Nuestra experiencia reciente nos señala, como lo fue también en 1891, que el sobrepasar los límites de una cultura democrática que genere cohesión, lealtad ciudadana y confiabilidad política acarrea desconfianza, temor, agresión y al final un espiral de polarización y violencia que sumerge a los países en graves tragedias de las cuales cuesta recuperarse. Así una lógica de la "guerra" domina sobre nuestra tradición histórica centrada en la racionalidad política.

Las Fuerzas Armadas, por su parte, al intervenir en la vida política en 1973 y hasta ahora no han comprendido que su rol pudo ser y puede ser ayudar a articular un gran acuerdo nacional que el país requiere vitalmente frente a los conflictos que hemos sufrido.

La Iglesia Católica ha sido la única institución que ha tenido una perspectiva histórica para prevenir los efectos de los conflictos polarizados que vivimos ayer y que se mantienen con mayor gravedad en el presente.

El recuento de este panorama de la situación nacional tiene sólo un sentido: es el de asumir con plena responsabilidad el destino de la nación y el de recordarnos a los actores políticos que tenemos la obligación de superar muchas divisiones o conflictos que se producen por la falta de una plena perspectiva de lo que Chile está viviendo y de lo que nos exige en esta etapa histórica.

4. El camino recorrido: un camino para la unidad nacional

Si bien es cierto se ha aumentado y generalizado la conciencia sobre la situación real de Chile, no es menos cierto que el país ha tenido una reacción insuficiente frente a una tan larga crisis, que este gobierno ha profundizado y expandido. Por su parte los dirigentes políticos, con cierta perplejidad, no atinamos a saber responder a la expectativa que la sociedad ha puesto sobre nosotros. Muchas veces la apatía o el desinterés se explican con el temor, la concientización del régimen, la propaganda oficial, la falta de organización social, etc. El problema es que también ha habido fallas en la dirigencia política, en nuestros estilos, en nuestras conductas. Pero llegamos a un momento en que no podemos equivocarnos y tenemos demasiado poco tiempo para superar los obstáculos y aquel peso que nos impide liberar toda la energía de los chilenos para enfrentar la dictadura y abrir paso a un futuro democrático.

Los esfuerzos realizados en los últimos años por los partidos políticos de oposición y por las organizaciones sociales han apuntado, en sus orientaciones fundamentales, a responder a lo medular de la crisis nacional. Se ha pretendido con sacrificio y constancia tratar de colocar al país en un espíritu de diálogo, de búsqueda de acuerdos que superen la pugna y el conflicto político partidista innecesario y radicalizado. Se ha tratado de ir reconstruyendo los consensos como base de sustentación del esfuerzo nacional. Se ha ido creando así un arco de partidos que afirmen un común credo y compromiso democrático y que generen un espacio de tolerancia y confiabilidad para que la opinión ciudadana se reencuentre con los dirigentes políticos. En este sentido se ha actuado con generosidad y con una actitud de autocrítica. Muchos logros se han obtenido en este tiempo desde la formación del Grupo de Estudios Constitucionales, el Manifiesto Democrático, la Alianza Democrática, el Acuerdo Nacional y las Bases de Sustentación del futuro Régimen Democrático. Las dos últimas Directivas Nacionales de la DC hicieron un agran aporte a estos logros incluida la formación del COPEL y la Comisión programa de la Alianza Democrática que recientemente entregara su propuesta programática. El gobierno militar y las Fuerzas Armadas jamás han entendido el mensaje de la civilidad y han cerrado sistemáticamente todos los caminos al entendimiento ciudadano.

Por su parte la sociedad civil ha ido reconstruyendo su tejido, su solidaridad y se ha ido logrando establecer formas de coordinación y de acción colectiva en pro de los intereses propios de los diferentes sectores. La Asamblea de la Civilidad fue el resultado final de este largo proceso de recomposición de la estructura social atomizada y perseguida por el actual gobierno.

Por otro lado, recientes encuestas de opinión pública indican que el país busca y anhela el más pronto retorno de Chile a la democracia y que para ello desean el entendimiento entre los partidos. Pero, algo sucede que nos ha impedido superar obstáculos y abrir paso a la democracia en nuestra Patria.

El país espera testimonios y símbolos de unidad y acuerdos. Todo lo logrado en lo social y político compromete a un número todavía reducido de ciudadanos. Por eso es que la obligación urgente de la clase dirigente, especialmente política, es la de completar este esfuerzo cristalizando para esta hora acuerdos prácticos, realistas y eficientes para movilizar al país y derrotar la dictadura. De este modo se podrá transformar la conciencia de la crisis en voluntad de acción de parte de las grandes mayorías que se mantienen como a la espera de un signo nuevo que los interprete.

La clave de este esfuerzo es cómo acceder al hombre o a la mujer de nuestra tierra en su medio de vida o de trabajo para establecer con él un nuevo tipo de relación con la dirigencia política. La respuesta a este problema es la que va a determinar la capacidad de Chile para superar la dictadura y responder al desafío futuro.

El aporte del testimonio

Una tentación debemos prevenir. La calificaria de elitista y maximalista. Es la de aquellos dirigentes que, con amplia generosidad, consideran que el pueblo en su gran mayoría está en condiciones de responder y reaccionar en el mismo nivel y con la misma disposición con que ciertos dirigentes han actuado contra la opresión que nos domina. Se cree que a mayor conflicto, mayor capacidad de respuesta popular contra la arbitrariedad del régimen. El testimonio de muchos ha sido signo de heroísmo y de valor. Pero, al mismo tiempo, se requiere buscar el cauce de la movilización del pueblo que atomizado y con temor muchas veces está impedido de reaccionar y de actuar. Como se ha dicho en un informe reciente debemos evitar el círculo vicioso acción-represión-temor-apatía-retraimiento. (Informe ILET- SUR-CED).

La experiencia nos muestra que la arbitrariedad de la dictadura, el estado de sitio y la represión militar, muchas veces han debilitado la acción del movimiento social. En un país en que el peso y la omnipresencia del aparato represivo en relación a la población es tan desmedida y en que el temor a perder el estudio, el trabajo, o la seguridad de algún familiar es tan generalizado, ha sido para muchos un obstáculo a los objetivos de movilización y a los testimonios que los dirigentes han ofrecido.

Lo que interesa en esta hora es valorar la contribución de los miles de chilenos que han sufrido la persecución y la cárcel como es el caso de los dirigentes sociales y políticos por servir con su sacrificio e inmolación para que el pueblo tome conciencia de la causa de sus dolores, de sus miserias y de la injusticia en que vive. Pero, hoy debemos lograr que ese sacrificio de tantos dirigentes conocidos y desconocidos del país sea eficiente. En otras palabras, que con la autoridad moral de su testimonio puedan ofrecer espacios de libertad y caminos viables de acción para incorporar a más trabajadores, pobladores, estudiantes, funcionarios, empleados, productores, dueñas de casas a la lucha por la democracia. Ello implica

ofrecer un tipo de acción que sea posible y compatible con la realidad de vida o de trabajo del hombre y la mujer común y corriente de nuestro pueblo. Esto implica también que todas las organizaciones y dirigentes sociales a nivel nacional y de base -que han sido los que más debido sufrir la represión- tengan su espacio en el marco de este esfuerzo de movilizar la sociedad. Esto es un elemento clave pues ellos tienen una alta autoridad moral en sus respectivos ámbitos y a nivel nacional que es fundamental para entregar un mensaje.

¿Cómo lograr entonces este cambio cualitativo y masivo de la conciencia de la crisis a la acción histórica del pueblo organizado? Esta es la mayor responsabilidad de los dirigentes políticos y sociales para lograr construir aquella fuerza nacional que impulse un cambio de la actual situación que impone la dictadura.

5. Despertar en el pueblo el "fuego de lo positivo"

Una lección que debemos aprender de estos años, es que no necesariamente la conciencia de lo negativo genera una reacción política. Es importante en situaciones de dictadura usar todos los espacios de libertad para realizar una crítica y una denuncia frente a la arbitrariedad y la opresión. En estos años hemos logrado por la acción de las Iglesias, de los partidos y de las organizaciones sociales que el país y el mundo logren conocer la realidad objetiva en que vivimos. ?

Lo anterior conlleva un riesgo si, al tiempo de crear conciencia de la situación en que se vive, no se explicita el bien o valor afectado por el régimen y no se genera una perspectiva de cuál es el camino y los objetivos por los cuales el pueblo puede transitar y luchar.

Detengámonos un poco en esta sensación de hastío, apatía o desinterés que se observa en grandes masas de la población.

Cuando en la acción política el pueblo ve solamente fracasos, división, crítica o conflicto y no constata algún tipo de avance en la línea de lo deseado, se puede construir en los países "la cultura del pesimismo", de la pasividad, de la carencia de autoestima. ¿No estaremos viviendo las consecuencias de esta cultura de lo negativo? ¿No serán elementos de esta cultura un estado anímico nacional predominante de fracaso, de descrédito del éxito, de escepticismo, frustración e impotencia que termina encerrando a los ciudadanos en sí mismos y justificando el retraimiento y la no participación ciudadana?

En Chile una generación ha visto pasar por sus ojos y su experiencia vital todo el espectro político y todas las soluciones que se ofrecían al país como iniciadoras de una nueva sociedad. Durante esta etapa los ciudadanos observaron cómo se iban destruyendo unos a otros a través de una crítica acentuada y negativa. Este régimen ha basado su subsistencia en la creación de condiciones para que el país viva y sufra esta cultura del temor y de lo negativo. Su propaganda y discurso ha estado centrado en desprestigiar todo el pasado democrático de Chile. Por su parte la oposición, por razones obvias y justificables, ha tenido que poner el énfasis en la crítica de todas aquellas arbitrariedades, injusticias, situaciones de opresión, de miseria y de dolor. Este es un hecho esencial de la vida nacional que debemos saber asumir en esta hora.

En el hombre común y corriente de esta generación, hay una pregunta que necesariamente está en el inconsciente de nuestro pueblo al observar tanta crítica negativa y conflicto de unos contra otros incluso entre partidos de oposición: ¿en quién creer y por qué luchar? Su vida y la de su familia está condicionada por un sentimiento de miedo y temor a la cesantía, a la represión, y la inseguridad de sus hijos; por un sentimiento de impotencia ante el abuso del gobierno o el patrón; por sentimientos de incredulidad y escepticismo, de trizteza y resentimiento. La conclusión obvia es el retraimiento de la acción pública y el refugio en sus intereses y vida personal y familiar.

Ortega y Gasset, en su famoso discurso al parlamento chileno en 1928, nos recordaba algo que quizás tenga todo su valor en esta hora. Nos decía que "un pueblo no se pone en pie y logra disciplinarse simplemente porque alguien, un buen día, se lo quiere sugerir, sino que por el contrario tiene que SENTIR a toda hora en su carne multitudinaria el aguijón de los problemas nacionales y el espolazo de su destino. Y no hay destino tan desfavorable que no podamos fertilizar aceptándolo con jovialidad y decisión" (Ortega y Gasset, Discurso en el Parlamento Chileno, Meditación del Pueblo Joven, 1928, página 45). Esta "fertilización" en situaciones críticas requiere, dice el filósofo español, de "ideas servidoras de la realidad". "Ideas que no pueden trasladarse de un pueblo a otro pueblo como si las sociedades no tuviesen destinos particulares y es necesario que vosotros extraigáis con propia intuición del destino singularísimo de vuestro pueblo el perfil de vuestra futura constitución" (op.cit. pág. 48). Esto es recuperar en nuestra memoria histórica todo aquellos que nos da auto-estima, orgullo de nuestro

destino y sobre todo hacer sentir en el pueblo de que juntos podemos salir adelante con "jovialidad y decisión".

En una frase de Ortega y Gasset podríamos decir que es indispensable despertar en el pueblo y en cada ser humano "el fuego de lo positivo". Sólo así es posible "fertilizar" nuestra sociedad agobiada por el peso de nuestros propios errores para descubrir en nosotros mismos la energía que nos impulsa hacia lo mejor. Es la hora, entonces, no solo de denunciar los errores del régimen, sino sobretodo debemos entregar un mensaje que el pueblo perciba y sienta en su vida como significativo para abrirse nuevos horizontes al desarrollo personal y familiar.

Esto nos obliga como nunca a comprender la realidad del "ciudadano de todos los días". Estar cerca de sus vivencias, de sus problemas reales y también de sus expectativas en la enorme diversidad de situaciones que se dan en nuestra tierra.

Nuestro mensaje desde lo cotidiano

El hombre y la mujer común de nuestro pueblo dedican sus horas útiles a luchar y a preocuparse de motivaciones positivas. Son sus hijos, la esposa, el trabajo, las amistades, la recreación, la cultura, etc. Ellos tienen aspiraciones, valores e ideales. Viven en un entorno, los rodea una naturaleza, tienen un país, un espacio, una relación con su tierra, su pueblo o su ciudad. Ellos

mismos valoran en sus vidas y existencias sus capacidades, aptitudes o condiciones. Es un hombre o una mujer que aman, viven y, más allá de sus sacrificios, necesidades o frustraciones, ríen, bailan y cantan.

Si a esos hombres y mujeres de nuestra tierra, en lo cotidiano de su existencia, les llega -cuando es posible o cuando a ellos les queda inquietud o tiempo- sólo el mensaje político negativo, muchas veces agresivo o altanero, ciertamente no se está haciendo surgir en ellos el "fuego de lo positivo", fertilizando al pueblo con "ideas servidoras de la realidad".

Puede suceder que en un largo periodo de tiempo, durante el cual se ha exacerbado la crítica de los errores de unos y otros, se genere un proceso de autodestrucción. Así sucede en una familia, en un grupo de amigos, en una organización social. ¿Por qué no podría suceder lo mismo en un partido o en un país? Así se enferma el alma colectiva, así se daña psicológicamente a la sociedad.

Las personas y las sociedades se autovaloran cuando se reconocen y afirman en lo positivo de sus experiencias de vida. Allí encuentran su identidad y los sólidos fundamentos de su propia construcción. El saber reconocer entonces nuestras experiencias positivas en las que hemos expresado el ser nacional y donde hemos logrado demostrarnos lo que podemos como país, irá gestando y proyectando una cultura de afirmación de nuestro pueblo. Debemos, los dirigentes políticos, saber valorar lo que la sociedad construye, crea o espera más allá de la crítica a un gobierno que oprime y deshumaniza.

La política, por lo tanto, debe surgir desde el alma de Chile que es la vida de ese hombre o mujer de todos los días y debe ser un llamado y un camino a desarrollarse, a mejorar y a crecer como persona, como familia, como comuna o región. Nada sacamos con definiciones abstractas, ideológicas o doctrinarias sobre la persona humana y la comunidad, si ellas no están repletas con experiencias vitales de las personas de carne y hueso y de las comunidades reales de nuestro pueblo. Nuestro mensaje, por lo tanto, debe estar plasmado de vida cotidiana, debe hablarle al corazón y debe ser entregado con alegría y esperanza.

En una palabra, el testimonio y la denuncia tienen sentido si son "el aguijón de los problemas nacionales", pero para que sean transformados en "fuego positivo" por el hombre y la mujer de nuestra tierra. Para eso el pueblo debe sentir el llamado y el ejemplo de la dirigencia política y social a realizar juntos, con realismo, un proyecto de país que surja del encuentro entre la interioridad de cada persona, familia o comunidad y la autenticidad de los conductores que viven los valores que proclaman para el país. Si el país real busca su fuerza y su energía para vencer su temor y su aislamiento en el encuentro con otros, no podemos los dirigentes políticos mostrarnos en conflicto y desunión.

Debemos como nunca ser capaces de inspirar confianza y optimismo, convocando al pueblo a construir CHILE porque en cada ser humano se ha despertado una voluntad de ser y un horizonte de esperanza.

II. NUESTRAS TAREAS DE HOY

Lo dicho en las páginas anteriores no es una mera conceptualización idealista del quehacer político. Es una óptica llena de realismo y de concreción práctica. Más aún es la condición para superar en el corto plazo que nos queda el dramático obstáculo de la dictadura. En una frase, para recuperar en democracia al país de la desintegración y de la decadencia, debemos ayudar a despertar en nosotros y en el pueblo el sentido de lo positivo, una esperanza de futuro, una seguridad en nosotros mismos.

Esta seguridad parte del hecho objetivo de que somos mayoría. Somos una gran mayoría los chilenos que queremos la democracia y que deseamos que Pinochet no se prolongue en el poder. El problema fundamental de la oposición es cómo movilizar, cómo impulsar a la acción, a la mujer y al hombre cotidiano, a esa gran mayoría que en su retraimiento desea que la situación cambie, pero que siente miedo a la acción política que lo paraliza. // in

Podemos, entonces, vencer a Pinochet en los diez meses que tenemos por delante, si todos nos aplicamos para llevar a cabo una acción concertada, positiva, alegre, que otorgue a los chilenos seguridad y confianza para vencer el temor y el escepticismo

Con este espíritu, creo que es necesario precisar las tareas políticas y sociales que debemos enfrentar en el futuro inmediato.

1. Despertar el alma de Chile para un proyecto nacional

La política se hace de ciertas intuiciones. Hay una que se ha manifestado siempre en los grandes dirigentes en momento de crisis. Fue el llamado de Churchill, De Gaulle, Adenauer o De Gasperi al núcleo vital de cada ciudadano y de cada pueblo y a su energía escondida, lo que creó condiciones para enfrentar momentos de crisis. A esto llamamos el Alma de Chile. En ella existe una aspiración profunda, inconsciente quizás, pero no menos real, de ver surgir desde lo más íntimo del ser nacional un movimiento que abra paso e inicie la nueva etapa histórica bajo el signo de la democracia. Existe una esperanza latente pero vital de cambio de la actual situación nacional. Es el alma de Chile que quiere vivir.

Chile tiene una herencia de valores y éxitos, de retrocesos y fracasos de los cuales nutrirse. Obviamente no se trata de reeditar los errores del pasado al querer comenzar todo de nuevo y creer que Chile empieza el día feliz que termine la dictadura. Será más bien el reinicio, en libertad y con nueva madurez, de un viejo camino que este país viene recorriendo desde la colonia enriquecido durante la historia de la República. De nuestros éxitos y errores hemos aprendido para dar estabilidad a la democracia y crear las condiciones de un desarrollo surgido con el esfuerzo de cada ciudadano, de cada comunidad local o regional, junto al Estado y a la iniciativa particular. Debemos entonces dar cuenta de nuestros errores, pero sobre todo afirmar lo positivo de nuestra historia que la memoria colectiva del pueblo guarda con orgullo y vanidad patriótica.

Debemos también tener la certeza de que los chilenos sueñan y aspiran a vivir en un país distinto, en donde la vida tenga condiciones de trabajo, de seguridad, de paz y de progreso con justicia. Debemos expresar con fe verdadera que en cada ciudadano existe dormido un ideal o sueño de país que importa que él descubra en su existencia diaria y familiar. Nuestra fe en el hombre y en el pueblo nos garantiza que es posible superar la decadencia, la dictadura, la mentira, el egoísmo, la violencia, la arbitrariedad, la injusticia y la miseria, si hacemos surgir un sentimiento de auto-estima que surge de esa escondida energía interior que anhela y afirma que en la vida de cada familia y de cada comunidad es posible la fraternidad, la paz, la libertad, la justicia y el desarrollo.

Sin esta fe en el pueblo no hay política posible, ni solución para el problema nacional. Sin descubrir la sabiduría popular, sus maneras de ser y de vivir, no habrá nunca comunicación entre los dirigentes y la base.

Esta es la gran tarea política del momento. Sin que se despierte la conciencia dormida del pueblo y se canalice hacia un proyecto nacional y popular, los juegos superestructurales no resolverán ni la coyuntura, ni los problemas de mediano o largo plazo. Salir al encuentro de ese pueblo en todos

los rincones de Chile, debiera ser el gran objetivo que una a todos los partidos democráticos y hombres de buena voluntad.

En otras palabras, se trata de colocar como el objetivo central de nuestra tarea política el ir a la "Base" de Chile, ir al hombre del campo, sea éste campesino o propietario, para escucharlo y establecer con él un acuerdo de acción compartida. Ir a cada población, a cada comuna, a cada lugar de trabajo y estudio. Ir a escuchar al pueblo, a sentir su existencia y sus problemas e invitarlo a organizarse para luchar por sus intereses, por su familia, por su comunidad, por un Chile en democracia. Eso es despertar el alma de Chile que vive en el hombre y la mujer de todos los días.

Si este es el objetivo central, debemos crearnos las condiciones y los medios para que los dirigentes políticos y sociales puedan encontrarse con el pueblo cotidiano en condiciones que le sea factible a ese pueblo, luchar por la democracia y por sus valores e intereses. No es entonces el testimonio de una confrontación elitista con el régimen lo principal de nuestro quehacer político, sino más bien, la creación de condiciones o la utilización de espacios de libertad o resquicios legales para que sea el pueblo junto a sus dirigentes y partidos concertados, el que termine con el régimen a través del mecanismo natural de la democracia, es decir elecciones libres y limpias y si Pinochet insiste, vencerlo en el plebiscito o enfrentar el fraude que puede cometer.

Proyecto nacional para el futuro

El chileno no sólo quiere saber que es posible derrotar a Pinochet porque somos mayoría, sino también desea ser convocado a construir juntos un Chile posible que nos dé dignidad, trabajo, seguridad y orden. Debemos entonces entregar un mensaje para el futuro que proyecte confianza en nosotros mismos porque hemos aprendido la lección del pasado y porque, sobre todo los dirigentes políticos, nos hemos concertado y hemos puesto los problemas concretos y diarios de los chilenos por encima de nuestro interés o diferencias partidarias.

Proyecto nacional que busca construir una Patria para todos, colocando como objetivo prioritario los angustiosos problemas de los pobres y excluidos.

Reconstruir Chile en democracia, es reconstruir nuestros acuerdos básicos sobre principios éticos y sobre los valores universales que sustentan el régimen democrático que todos nos comprometemos no sólo a respetar sino a cuidar en nuestras conductas.

Un proyecto nacional de amplia base debe concebirse alrededor de dos grandes ejes. El primero, la reconstrucción de nuestra convivencia democrática y nuestros consensos en todos los niveles de la vida nacional. El segundo, es la puesta en práctica de una estrategia económica social orientada a la creación de condiciones de integración de la sociedad contra toda forma de marginación. Una democracia estable y un desarrollo eficiente y equitativo no son posibles con el nivel de exclusión y de miseria en que viven grandes sectores nacionales.

Este proyecto nacional debe ser explícito en establecer garantías para los empresarios y los derechos de los trabajadores, campesinos y minorías étnicas.

La elaboraciones técnicas de un proyecto nacional sobre estos ejes han sido estudiadas en forma prioritaria en un gran número de institutos y centros académicos. El Proyecto Alternativo de la DC y los proyectos de otros partidos dan una base más que suficiente a este esfuerzo de concreción práctica.

Nuestro compromiso con Chile

Los chilenos no se movilizan con largos documentos y estudios. Del Acuerdo Nacional y de las Bases de Sustentación podemos extraer las IDEAS-FUERZA que se adoptan como COMPROMISO de todos los partidos democráticos por el bien de Chile. Especial importancia tiene este gesto para el momento posterior a la derrota del General Pinochet. Ellos podrían ser las siguientes:

1. Nos comprometemos a lograr un consenso constitucional para que todos vivamos en democracia con pleno respeto a los derechos humanos, políticos y sociales. Respetaremos y cuidaremos la Democracia en nuestras conductas y objetivos políticos y sociales.

2. Nos comprometemos a desarrollar una convivencia en la diversidad con tolerancia entre adversarios, afianzando un sentido de comunidad nacional, al interior de la cual se resuelvan nuestros conflictos por medios democráticos y pacíficos de tal manera de preservar el orden público y la seguridad.

Con este fin adoptamos un especial compromiso para el período que comienza con el triunfo de los demócratas en el próximo pronunciamiento legítimo del pueblo.

3. Nos comprometemos a colocar como nuestro primer objetivo el lograr una vida digna para cada familia chilena donde exista trabajo e igualdad de oportunidades en un contexto social de austeridad, cooperación y esfuerzo solidario.

4. Nos comprometemos a buscar la reconciliación nacional en la Verdad y la Justicia y el esclarecimiento de los atentados, crímenes y otras violaciones a los derechos humanos. Para ello se requerirá de denuncia responsable por delito específico, formulado con fundamento. Su conocimiento corresponderá a tribunales de derecho, asegurándose así el debido proceso, exento de humillaciones, venganzas y juicios colectivos ad-hoc (Acuerdo Nacional).

5. Nos comprometemos a realizar un programa de desarrollo económico social con reglas del juego estables y con un esfuerzo concertado entre Estado-Empresarios- Trabajadores para erradicar la pobreza, crear empleo, mejorar los salarios, conquistar el bienestar para las grandes mayorías, en un clima y condiciones que promuevan el ahorro, la inversión, la eficiencia, la capacidad empresarial, las exportaciones y la autonomía nacional todo ello con un amplio respeto al medio ambiente. Resolveremos en forma definitiva los problemas del endeudamiento hipotecario y de los pequeños y medianos empresarios.

6. Nos comprometemos a establecer un régimen estable de garantía a la empresa privada y de garantía a los derechos de los trabajadores, a la protección de la familia, a la igualdad de derechos de la mujer y a la participación de los jóvenes. En esta perspectiva realizaremos una moderna política de desarrollo descentralizada y participativa en programas de educación, salud, vivienda, recreación y se reforzará la obligación pública de concederle atención prioritaria.

7. Nos comprometemos a devolver a las universidades una real autonomía, libertad académica y democratización interna con pleno reconocimiento de las federaciones universitarias, creando en las universidades un ámbito de neutralidad político-partidista, lo que no significa restringir el debate y las opciones ideológicas. Lo mismo propiciamos para el desarrollo científico-tecnológico al cual debemos impulsar y apoyar con todos los recursos necesarios. Mantener y promover nuestros valores culturales nacionales y asegurar el acceso a ello a los sectores excluidos, será una preocupación prioritaria.

8. Nos comprometemos a desarrollar una auténtica descentralización y regionalización de tal manera que la reconstrucción democrática y el desarrollo económico y social sea la tarea y respuesta compartida por todos los chilenos creando condiciones de participación ciudadana en el barrio, el municipio y la región. Propiciamos una fuerte, autónoma y creativa sociedad civil organizada a nivel local y provincial. El Estado no debe sustituir su papel, pero debe orientar, coordinar o apoyar los esfuerzos propios de la comunidad, especialmente ir en ayuda del trabajo solidario de los más pobres y desposeídos.

9. Nos comprometemos a devolver al país su prestigio y respeto en el contexto mundial y a asegurar el mayor grado de autonomía nacional con una política internacional independiente que tenga como meta el interés de Chile, que sea guiada por los principios de defensa de los derechos humanos, autodeterminación de los pueblos, no intervención, igualdad jurídica de los estados y solución pacífica a las controversias. Asimismo buscaremos la cooperación e integración latinoamericana junto a un trato regional al problema de la deuda externa. Esto último será un objetivo prioritario y nacional.

10. Nos comprometemos a que una vez producido el triunfo democrático, sea en elecciones libres o plebiscito, se concrete un amplio entendimiento entre civiles y militares que hasta ahora no hemos logrado a pesar de nuestra disposición a ello, para así erradicar la desconfianza y poder realizar una política en Democracia en que se restablezca su rol profesional, jerarquizado y obediente y con amplia participación en la vida del país.

El triunfo democrático buscará en forma inmediata la concertación con las FF.AA. para realizar un corto gobierno de transición, si no se ha logrado antes reformar la constitución y las leyes complementarias de tal manera que se produzcan elecciones libres y limpias de Presidente de la República, Congreso Nacional con facultades constituyentes para abrir así el camino al consenso constitucional y al pleno restablecimiento, en orden y seguridad del régimen democrático.

Esta es una sugerencia de un compromiso con Chile que podrían adoptar los partidos democráticos como síntesis común del Acuerdo Nacional y de las Bases de Sustentación del Régimen Democrático, documentos que se ratifican y que tienen plena vigencia.

De esta manera queremos poner énfasis en que nada puede escondernos lo principal. La acción política es un servicio al pueblo y no una justificación de los esquemas intelectuales o de las ideas de los dirigentes. Estas sólo son valideras si son "servidoras de la realidad" y la realidad de Chile exige un conjunto de ideas fuerza que todos ofrezcamos al país entero. Así nos lo recordaba Frei no sólo a la juventud DC, sino también a los adultos. Se necesita, decía, "mantener el corazón limpio ... para ser portadores de un mensaje... con ideas claras, alegría y una alta moral... que vaya más allá del caudillo, del cacique o del aprovechador... SOLO ASI SERVIRAN AL PUEBLO Y A SU PATRIA" (Discurso de la Patria Joven).

Este mensaje de fe en el hombre y esta vocación de servicio al pueblo debe animar la renovación política que Chile espera. Es también la fuente de todo proyecto y la razón de ser principal de una política humanista cristiana. Nada puede empañar este elemento esencial de nuestra práctica política. Ella debe traslucir nuestro Proyecto Nacional sintetizado en nuestro Compromiso con Chile.

2. Elecciones libres, un mensaje nacional y popular

¡Cambia tanto la perspectiva de la acción política cuando se piensa y se realiza desde una real vocación popular! Contrasta con aquella acción que muchas veces se agota a nivel de la

superestructura y que se reduce a reuniones, seminarios o consideraciones académicas que pierden el sentido de su tarea de servicio al pueblo. En muchas ocasiones la actividad política se encierra en la academia o en la oficina, sin atinar a desatar el nudo ciego que envuelve ese quehacer centrado sobre sí mismo. Las horas-hombres que se dedican a resolver conflictos, pugnas o discusiones de personas o grupos, supera con creces las horas-hombres de contacto directo con las bases de los partidos y del pueblo. Cada vez que los dirigentes se empapan de la realidad de esta base, yendo a ella con un espíritu de escuchar y de fundir un nuevo tipo de relación que enriquezca a dirigentes y dirigidos, surge siempre un tipo de acción y de definición política enriquecida por esta relación.

Lo anterior obliga a los partidos a coordinarse con generosidad y asumir cada cual orgánicamente la campaña por las elecciones libres. Es esta una gran oportunidad para entregar un mensaje positivo sobre los grandes problemas nacionales. Esta decisión está más allá de si se establece o no una coalición, si se inscribe o no como partido, si se tiene o no un programa acabado de gobierno. La tarea irrenunciable de los partidos, en este momento de la situación de Chile, es ir al encuentro del pueblo con todos sus dirigentes nacionales y provinciales y con toda su fuerza y recursos.

El mensaje "de elecciones libres y limpias" no es por lo tanto un slogan vacío de contenido. Es una afirmación clara y simple. Podemos derrotar a Pinochet porque somos mayoría. Para ello el pueblo se reúne y se reencuentra. Aquí tienen cabida hombres, mujeres y jóvenes de todos los sectores que estén por la democracia, por las inscripciones electorales, por una solución política a la crisis de Chile. Elecciones Libres es al mismo tiempo una negación popular a Pinochet y su régimen y una afirmación de que es posible lograr un Chile solidario en democracia.

La campaña por elecciones libres tiene perspectivas que deben ir íntimamente ligadas: la de creación de un poder social político y electoral que presiona y exige una solución contra la pretensión del gobierno y de cierta derecha de darle continuidad al régimen y, al mismo tiempo, la de entregar un mensaje de futuro a nuestro pueblo.

Debemos afirmar que en cada comunidad local, en cada provincia o región es posible crear condiciones de libertad y de progreso si juntos los ciudadanos con el apoyo del Estado y la iniciativa de las personas trabajan por desarrollar toda la potencialidad humana y material que existe en nuestra tierra.

Lo anterior requiere que cada partido provincial o comunal descubra a fondo su realidad, conozca los problemas de su medio, valore lo que en él realizan las personas y los grupos sociales y proyecte lo que es posible desarrollar en el futuro. Entregar un mensaje es ante todo saber insertarse en la comunidad y con ella plantearse las preguntas y problemas que a diario viven los seres humanos y buscar juntos nuevas posibilidades e iniciativas.

Elecciones libres es una campaña que crea espacios para que la mayoría de los chilenos, que sabemos está contra Pinochet, pueda actuar con seguridad, sin temor a la represión de la dictadura. Es una invitación personal a cada ciudadano para que al dar el paso de inscribirse en los registros electorales tome conciencia de su papel de actor en este proceso de recuperación de la dignidad de cada persona y de cada familia.

La movilización por las elecciones libres debe llevar este mensaje convocante y de futuro a las poblaciones y a los centros de trabajo. Es una campaña alegre y con un gran sentido de auto-afirmación, porque si todos juntos nos apoyamos, sólo así podemos confiar en nuestro esfuerzo colectivo.

El plebiscito

Este es un obstáculo que el régimen coloca para impedir un retorno inmediato a la Democracia. Habrá que evaluar las condiciones objetivas para que la campaña por Elecciones Libres se transforme en una gran movilización nacional por el NO a Pinochet. Creo que ha llegado la hora.

Para ello los dirigentes democráticos requieren mucho realismo y sentido práctico. Como diría un viejo aforismo medieval, el verdadero constructor democrático necesita "el valor para cambiar lo que se puede cambiar, serenidad para aceptar lo que no puede cambiarse y sabiduría para distinguir lo uno de lo otro". O como diría Ortega y Gasset "la misión de la realidad no es copiar nuestras ideas. Estas deben ser servidoras de la realidad en que vivimos". Construir una solución para Chile es hoy adoptar decisiones frente a lo que es posible, para que así hombres de diversos credos puedan ir dando pasos conjuntos y así nadie empuje a nadie y nadie se quede atrás. Será necesaria una gran concertación para evaluar la situación y orientar coordinadamente todos los esfuerzos en una misma dirección.

Para que nuestro mensaje de decir **No** a Pinochet tenga una perspectiva nacional y positiva, debemos comprender las modificaciones profundas que ha sufrido la situación del país en amplios sectores de la sociedad. Debemos, por ejemplo, dar confianza y seguridad al hombre de trabajo, aquel que emprende y que sanamente crea condiciones de progreso. Que nunca más cierta derecha nos proyecte como enemigos de los empresarios porque queremos en Chile justicia social y participación popular. Podemos con ellos compartir la enorme tarea que significará crear puestos de trabajo para los miles de cesantes y satisfacer las necesidades básicas de los chilenos. Debemos asumir la tarea de conquistar los mercados externos, de hacer eficiente la administración del Estado, de descentralizar su administración y de entregar responsabilidades directas y auténticas a las comunas y regiones. Nuestro mensaje por el No a Pinochet, por lo tanto, se debe traducir en una confianza en la sociedad civil, en la capacidad de las personas para emprender y crear desarrollo y en la solidaridad de nuestro pueblo. Invitemos a los independientes y a los hombres de empresa. Ellos pueden ayudar a abrir este camino democrático porque es la mejor garantía para el reencuentro de los chilenos en forma pacífica.

La continuidad de Pinochet en el gobierno es un acto que violenta la conciencia de muchos hombres y mujeres que lo apoyaron en el pasado. Dudan, civiles y militares, de la conveniencia de prolongar este gobierno personal. Para ello será necesario que Pinochet realice un FRAUDE político-electoral. La constitución que se impuso al país y las últimas leyes políticas tienen este objetivo, la de perpetuar el régimen y servir a la ambición del Jefe del Estado. Las FF.AA. arrastradas a continuar por nueve años más en el poder, se crearán la peor de todas las circunstancias porque lo único que provocarán será la radicalización y el conflicto. No podemos engañarnos, de suceder lo anterior ellos asumen toda la responsabilidad de esta situación.

Por nuestra parte, si bien es cierto podemos usar para nuestra lucha resquicios para crearnos espacios a través de los cuales incorporar un mayor número de ciudadanos a la tarea por la democracia y controlar los procesos electorales, nuestro objetivo fundamental es dismantelar el aparato institucional autoritario construido en este tiempo bajo el signo del poder personal y con una aparente legalidad. Dismantelamiento que es indispensable, pues ¿qué pasaría si quien se apodere del poder lo usa con otros objetivos? El ex-Presidente del gobierno español Adolfo Suárez nos decía en relación a la institucionalidad española, que esa institucionalidad podía ser "legal" pero no "legítima" porque carecía de la aceptación ciudadana. Debemos persuadir que este cambio de régimen es para que todos, empresarios y trabajadores, tengamos garantías, seguridad, derechos en el futuro. La seguridad de unos sin visión de los derechos de los otros termina siempre en tragedia para los primeros.

Por eso queremos elecciones libres para un CHILE nacional democrático y solidario con germen en lo popular y juvenil y con una vocación humanista y de futuro, abierto a todos. Desgraciadamente este objetivo patriótico pasa por una confrontación política y electoral con Pinochet y los sectores que lo apoyan y buscan la continuidad de este régimen. Todos los intentos y gestos de la Iglesia, partidos y sectores sociales no dan resultado. Se niega el diálogo y el acuerdo político y se impide cualquier modificación constitucional o legal.

La campaña por elecciones libres debe ser por lo tanto la movilización de la sociedad, es decir la construcción de un poder real frente al régimen con un mensaje positivo que queremos entregar a los chilenos. Poder social, político y electoral capaz de enfrentar todos los obstáculos que Pinochet quiere colocarnos para alcanzar Elecciones Libres, esto es inscripción electoral, plebiscito e intento de fraude.

Una tarea histórica y ética de esta envergadura no puede reducirse a acuerdos super-estructurales o a la claudicación frente a las imposiciones del régimen, lo que no significa dejar de utilizar algunos espacios para mejorar nuestra capacidad de relación con el pueblo y para presionar por una solución política a la crisis surgida de un acuerdo con las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, antes, durante o después del plebiscito.

3. Futuro y coyuntura : La DC y la Concertación política.

El énfasis puesto en estas líneas en un compromiso y movilización nacional y popular y en un mensaje positivo al país implica hacer los esfuerzos necesarios por lograr una concertación política para el futuro. Pero es oportuno recordar que sin estas condiciones previas no habrá ni elecciones libres, ni triunfo en un posible plebiscito, ni acceso al gobierno, ni la posibilidad de realizar un programa presidencial. Es fundamental distinguir y simplificar para buscar en un proceso los objetivos posibles que den imagen de entendimiento político, elemento central de lo que se denomina con la palabra "alternativa".

Como ya hemos dicho, el General Pinochet impondrá su candidatura en 1988 o, en una circunstancia límite, buscará una persona de su total confianza que, con apoyo de la derecha oficialista, lo reemplace para estos efectos. Es también previsible que no negocie las reformas constitucionales necesarias para que haya elecciones libres y competitivas y que nos veamos abocados al plebiscito que ciertamente no se realizará en condiciones de garantías, de limpieza y equidad. Así ha sucedido con la ley de registro electoral y de partidos. Así sucederá con las otras leyes políticas, todas las cuales se orientan a crear una imagen de apertura pero que no contiene ni en su espíritu, en su letra una voluntad de transparencia del proceso político electoral. Lo mismo sucede con el Artículo 8º y su legislación complementaria, absolutamente anti-democrática. Por lo tanto, debemos llegar a la concertación democrática necesaria para enfrentar el gran obstáculo, con los acuerdos ya logrados y con una plataforma básica que sirva para comprometernos todos en las decisiones claves del período post-Pinochet. Estas son las dos demandas fundamentales del país. Concertación para derrotar a Pinochet y compromisos claros para el futuro inmediato en aquellos puntos esenciales del período y gobierno de transición.

Desde el punto de vista de la DC su accionar político coyuntural debe siempre estar en sintonía con el país real y con la cultura cristiana de nuestro pueblo. Realidad popular y esperanzas de la juventud tienen para la DC y para el futuro del país una importancia como nunca antes quizás en su historia. Esta renovada inserción en el mundo cristiano, popular y juvenil servirá para que las decisiones que se adopten en este momento sean vistas con realismo por ciertos dirigentes que tienen tentaciones voluntaristas o maximalistas y, a quienes tienen una tendencia a un pragmatismo exagerado, les dará perspectiva histórica.

La D.C. ciertamente tiene un destino más allá de la coyuntura. Tenemos también el compromiso de entregarle a los jóvenes humanistas cristianos un partido grande para el año 2.000. Reiteramos que para ello se debe preservar su raíz cristiana, su compromiso con los pobres y los jóvenes y su vocación de construir una nueva sociedad humana y solidaria. Por eso me preocupa tanto que se genere un clima de tensión al interior del partido que puede estar alejándonos las simpatías de esos tres ámbitos sociales tan claves para el futuro de la D.C.

Ciertamente que en esta perspectiva, la DC enfrenta un dilema que requiere sabiduría y serenidad. No debe agotarse en la coyuntura, es decir, debe tener una visión de futuro, pero, al mismo tiempo, debe conducir su accionar político para resolver la situación presente y buscar una salida oportuna. Este dilema sólo se diluye si la DC es capaz de coaligarse, es decir, no aislarse y, al mismo tiempo, impulsar y canalizar una presencia masiva entre los jóvenes, los trabajadores, los pobladores, los campesinos, los pequeños y medianos productores, los profesionales y las mujeres.

Cuanto más fuerza popular y juvenil represente la DC, más capacidad tendrá para ayudar a resolver los problemas de la coyuntura y para crear las condiciones de soluciones políticas en el futuro del país.

La concertación política

La concertación política es, en el esquema antes indicado, una tarea fundamental. Esta concertación, como ya lo hemos dicho, debe lograrse en el marco de los partidos, del Acuerdo Nacional y de las Bases de Sustentación.

Las dificultades surgen cuando aquellos partidos potenciales aliados de la D.C., temen perder su universo electoral por la competencia que ellos tienen desde el MDP por la izquierda y el PARENA en la derecha.

Para superar las dificultades que se plantean a la concertación de los partidos, es necesario primero que todo definir con precisión los objetivos de dichos acuerdos. Cada objetivo debe llevarse a cabo a través de diversos instrumentos de acción. La flexibilidad y la consideración del proceso que debe recorrer la oposición puede ser positivo para no frustrar la creciente necesidad de concertación y entendimiento que requiere la acción política en la coyuntura y en la futura democracia. Aislarse políticamente o crear imagen de soledad puede crear serios problemas a cualquier partido del arco democrático, por más importante que sea. Por eso las formas y los momentos de la concertación política deben ser muy bien escogidas.

Tres son los objetivos precisos de la concertación política democrática:

a) La concertación partidaria busca una transición negociada con las Fuerzas Armadas que abra paso a elecciones libres a través de la modificación de las normas constitucionales y legales que impiden la competencia política para elegir al Presidente de la República, al Congreso con facultades constituyentes y a los Municipios junto a la modificación de los procedimientos de reforma de la actual constitución para que el país finalmente logre un consenso constitucional en el futuro. Este es un objetivo con o sin plebiscito, antes o después del mismo.

b) En segundo término, los acuerdos partidarios buscan darle estabilidad a la futura democracia comenzando por sostener un gobierno post-Pinochet que en un plazo determinado ordene y resuelva algunos problemas básicos para el futuro nacional. En esta perspectiva se inserta la posibilidad de pasar del acuerdo de gobernabilidad (Bases de Sustentación) a la propuesta programática o plataforma básica común.

c) En tercer término se debe convenir una posición política en relación a las leyes políticas y a una coordinación operativa para impulsar y ejecutar la campaña nacional por las inscripciones electorales, las elecciones libres y la evaluación oportuna de la participación de la oposición en el plebiscito, actuando conjuntamente si se decidiera llamar a votar **No** contra Pinochet u otro candidato.

En esta perspectiva parece altamente conveniente que la DC, al decidir iniciar su inscripción como partido, haya dejado abierto en su voto político aprobado en la Junta Nacional última, la posibilidad de considerar "otras formas de acción" como por ejemplo el Partido por la Democracia o por las Elecciones Libres. Así lo ha ratificado el Presidente Nacional. Apoyamos clara y abiertamente que cualquiera solución a este problema se realice en forma concertada con los otros partidos de tal manera que no impida los acuerdos sobre los aspectos fundamentales que el país requiere.

El problema de la inscripción debe subordinarse a lo principal. En otras palabras ella no puede dificultar a la DC lo que ha sido y es lo central de su política: aglutinar al país democrático para derrotar a Pinochet y dar seguridad sobre el futuro de la nación.

Más allá de estos objetivos políticos claros y precisos, los partidos deben precisar ante el país la existencia de diferencias que nacen de sus diversas historias, ideologías y proyectos futuros. De esta manera es necesario que el país comprenda y acepte la diversidad existente en la oposición y valore el hecho de la concertación por sobre las diferentes posiciones.

Un hecho de singular importancia que debe tenerse presente con miras a la estabilidad de la futura democracia, es el régimen de partidos que ella requiere en un país como Chile. La existencia de una fuerte izquierda democrática que disminuya el peso del MDP y del Partido Comunista y que compita con ellos en su universo electoral y social, es un objetivo fundamental de la acción política presente. Lo mismo debiera suceder con la derecha democrática, puesto que ésta debe recoger el apoyo político y electoral de la derecha con tradición democrática y libertaria, tanto en la actualidad como en el período post- Pinochet.

El desarrollo político-electoral de socialistas y nacionales no debiera resolverse a través de una competencia electoral orientada a conquistar el voto del llamado centro político. De esta manera no se estaría creando condiciones de estabilidad futura. Estabilidad implica fundamentalmente disminuir el peso socio-político de los proyectos anti-sistemas como son los del MDP y del PARENA. La democracia futura requiere de un régimen de partidos que sea estable y capaz de combinarse para dar gobierno a Chile.

III. LOS EXTREMOS BUSCAN SU ESPACIO

1. La derecha oficialista

La derecha oficialista reconstituída en un acto superestructural, tiene que ser analizada con detención. Su objetivo central es mantener las bases del régimen pinochetista y recoger sus restos electorales. Buscará crear una imagen democrática manteniendo una cierta distancia con el gobierno. Este, para algunos sectores, contamina demasiado para calificarse abiertamente como partido de gobierno. Sus diferencias internas tratarán de disminuir las públicamente con el fin de crear en las Fuerzas Armadas la idea de que ellos deben realizar la transición. Pero tendrán alternativas para diversas situaciones. Si hay plebiscito como el establecido en la constitución del 80 buscarán apoyar a Pinochet o si éste no se sintiera seguro tratarán de convenir un nombre de ese sector político (posición Jarpa-UDI). Si se logran elecciones libres, tratarán de distanciarse de Pinochet y usarán la imagen de "renovación" denunciando en ese momento algunos excesos del

aparato represivo del régimen y los abusos de ciertos grupos económicos (Posición Allamand-Bulnes).

A pesar que la derecha chilena en general representa una subcultura, ha habido diferencias sustantivas, muchas de ellas tienen raíces históricas que de alguna manera se han expresado en una diversidad de posiciones frente al régimen militar. Pero, la mayor parte de ella ha representado al oficialismo.

¿Qué tiene en común esta derecha oficialista? Lo que la une es un gran sentimiento de pertenencia a una clase que la identifica y, al mismo tiempo, la cohesiona un profundo temor a la soberanía popular, al sufragio universal, es decir, a la democracia plena. Arrastran una nostalgia por la democracia oligárquica del siglo pasado. Los famosos "tres tiempos" del régimen militar que proponía Jaime Guzmán (tiempo económico, tiempo social, tiempo político) es una manifestación actualizada del anhelo de "democracia postergada" que impulsó la acción política de cierta derecha en el pasado. Para ella la democracia abierta es un peligro permanente.

Mario Góngora en su notable "Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX", dibuja el perfil de ese período al cual instintivamente vuelven los ojos ciertos sectores de la derecha nacional como si en el país y en el mundo pudiéramos regresar al pasado. Dice Góngora: "la específica concepción portaliana consiste en que realmente Chile no posee la "virtud republicana" que Montesquieu y la Revolución Francesa se afirmaba ser indispensable para un sistema democrático, de suerte que la democracia debe ser postergada gobernando entre tanto autoritariamente pero con celo al bien público, hombres capaces de entenderlo y realizarlo" (Góngora, página 41).

En la concepción portaliana que impregna y añora la derecha se mezclan al mismo tiempo la idea de un régimen autoritario con la permanencia del control político y económico por parte de una clase social bajo una concepción económica que Góngora llama de materialismo práctico. Al final, según este autor, esta mezcla de aristocracia y de materialismo produce la "oligarquía". Citando un artículo de Javier Cox Lira en el "Diario Ilustrado" recuerda Góngora que "el capitalismo bancario, los gestores y el capitalismo extranjero, en quienes la clase gobernante creyó ver su mejor apoyo, obtuvieron pasaporte y libre tránsito en los negocios del Estado. Toda la inmoralidad que hemos presenciado y sufrido más tarde en la gestión del Estado no es sino producto natural y lógico de la dañosa enseñanza de esa oligarquía gobernante" (Góngora, página 231).

El aporte de Portales para dominar el caudillismo militar y la "fronda" y consolidar así la República, válida para un momento histórico bajo las formas llevadas a cabo por dicho ministro, se transforma en una ideología para cierta derecha que lucha por mantener una "democracia postergada" y autoritaria. Lo curioso es que ese proyecto con el devenir del tiempo terminó con frases que recuerdan algo el presente: "en la corrupción de la aristocracia" (Cox Lira); "en la crisis moral de la república" (E. Mac-Iver); "en la decadencia del espíritu de nacionalidad" (Nicolás Palacios).

Encina nos revela aún con más claridad este proyecto de "democracia postergada" que proyecta cierta derecha ante la supuesta "incapacidad" del pueblo para autogobernarse:

"La concepción política de Portales que Montt estructuró, se asentaba en un concepto realista e integral del desarrollo de las civilizaciones hispanoamericanas. El primer plano del concepto lo forma la incongruencia del gobierno democrático republicano, con las características raciales, el grado de desarrollo social y el pasado político de las ex-colonias españolas. El segundo plano lo llena un fenómeno más trascendental, que ha pasado inadvertido, salvo para Unamuno, que lo

intuyó sin acertar a darle forma concreta: la incapacidad de los pueblos hispanoamericanos para seguir el ritmo de las civilizaciones europeas.*/

Como resultado de la carencia de los desarrollos cerebrales y de los hábitos y aptitudes que esas civilizaciones adquirieron en el correr de los siglos y de los milenios, el esfuerzo material e intelectual, la continuidad y la previsión que exige su tipo de vida, les resultan antipáticos y dolorosos" (Francisco A. Encina, Historia de Chile, Tomo XIV pág. 148- 149).

Recordar estas citas no implica una crítica a los dirigentes del pasado que actuaron dentro de un contexto histórico determinado, sino que sirven para ilustrar la postura de cierta derecha en el siglo XX. Otros en cambio han sido grandes demócratas que han hecho significativos aportes a la historia política y social. Pero esta nostalgia por la democracia postergada es la que ha dominado por más de cien años el proyecto político de una parte de la derecha chilena. Por ello, muchas veces, han renunciado a principios democráticos y libertarios que en otros momentos algunos han defendido y propiciado (primer gobierno de Ibáñez). Ni los derechos humanos, ni las libertades públicas, ni la transparencia electoral, ni la moralidad en los negocios y en la administración del Estado han sido defendidas durante el actual régimen. No han observado la profunda crisis moral y la decadencia a las que ha llevado este gobierno al país entero.

Concepciones de la derecha oficialista como la de Pedro Ibáñez (Materialismo práctico y democracia sensitaria), como la de Onofre Jarpa (nacionalismo autoritario reformista), como la de Jaime Guzmán (mezcla de moralismo tradicionalista y autoritario con neoliberalismo económico) no expresan un proyecto político para una derecha moderna y democrática que use con propiedad el nombre de renovada. El PARENA, más que un proyecto común, es una defensa contra la soberanía popular y la democracia plena. Por eso afirmamos que no son todos demócratas más allá de sus declaraciones, pues en política es más determinante la conducta en la reciente historia nacional que las firmas de declaraciones entre los muros de una oficina.

La DC con esa derecha no tiene posibilidad alguna de llegar a acuerdos políticos profundos y duraderos más allá de los acuerdos constitucionales. Su alianza con el gobierno especialmente a través de los municipios y con algunos grandes grupos económicos y financieros que han pauperizado al empresario productivo, al trabajador y a la clase media, les proporcionará todo tipo de recursos para tratar de crearse un poder electoral y, al mismo tiempo, intentar combatir, y si pudieran destruir a la Democracia Cristiana y sus aliados. Su ideal político es la polarización del país entre "socializantes y liberales". Lo que quisieran al final es contraponer a los chilenos entre el MDP y el PARENA. En la práctica su miopía apunta al triunfo del comunismo al que dicen combatir. "El anti-comunismo de los ricos y poderosos destinados a preservar sus ventajas sociales no convencerá a los pobres de la tierra" (E. Frei, Política y Espíritu, Pág. 122). El pueblo jamás respaldará sus proyectos, pero ellos se sienten resguardados y protegidos por cierto poder militar. Esta derecha quiere garantizar sus intereses con una legalidad formal e impuesta y no con una democracia con plena participación popular.

Por suerte en Chile hay otra derecha con otra tradición y valores tanto de la corriente conservadora como liberal. Ella comprende los tiempos en que vivimos y el desarrollo social, político e histórico del país y que ha llegado el momento de restaurar la democracia. Esta derecha entiende que hay valores y principios que no pueden transarse. Los intereses que ellos representan requieren sostenerse más que en la legalidad formal surgida del régimen militar, en una auténtica legitimidad social y política. Los empresarios auténticos que sirven a los intereses de las grandes

*/ El subrayado es nuestro.

mayorías, que ahorran, producen y exportan, en ninguna democracia se sienten perseguidos y en Chile merecen el respeto y el apoyo ciudadano y no requieren de la "protección autoritaria".

Los demócratas cristianos estamos ciertos que la iniciativa privada así legitimada puede convivir y contribuir al establecimiento de una plena democracia en la cual empresarios, trabajadores y Estado pueden concertar los esfuerzos de desarrollo que el país requiere. No compartimos a su vez la actitud de cierto empresariado que sólo defiende la libertad y los derechos del capital, sin darse cuenta que éstos no pueden desligarse de los derechos humanos y de la libertad del pueblo para organizarse, expresarse y participar en la vida de la nación. Afirmen la competencia económica pero no la competencia política. La soberanía del mercado pero no la soberanía popular. La libertad de las organizaciones empresariales o de los entes productivos para comunicar y publicitar sus productos, pero no la libertad del pueblo para organizarse y comunicar sus ideas. Así no se genera legitimidad ni se garantiza a largo plazo los intereses de los empresarios.

Finalmente, es de esperar que la derecha democrática logre tener en el país la comprensión y apoyo para representar un universo electoral, político y cultural que es indispensable en la construcción de la democracia y de su futura estabilidad. Con esta derecha la Democracia Cristiana y el resto de los partidos democráticos tienen una amplia base de concertación y acuerdo.

2. El Partido Comunista

Sobre el particular es tan larga la lista de documentos que definen la posición de la DC que no se requiere en estas páginas una repetición de los conceptos en ellos vertidos. (Al respecto ver libro de recopilación de Genaro Arriagada). Deseo solamente afirmar que considero aún ambigua la posición con que dicho partido trata de maquillar sus posturas de militarización de la política. Es necesario reconocer que es útil su apoyo a la inscripción electoral. Pero ello no basta.

Con el Partido Comunista y el MIR pasa algo singular en la política chilena. Por acción de ellos mismos, en alguna medida, y por una interesada propaganda gubernamental, se ha creado en el país lo que podríamos llamar el "síndrome PC". La política nacional está muy dominada por este fantasma que ha representado a lo más un 10% o un 12% del electorado. Pero la prensa oficial lo trata como si fuera la mitad del país, haciéndole así la propaganda.

Más allá de esta exageración del problema comunista que proclama el gobierno e interesa a la derecha oficialista, el PC es un factor de disociación para la política chilena. Su actual postura en relación a las diferentes vías de lucha y su proclamado proyecto de socialismo histórico apegado a la ortodoxia soviética, obliga a los partidos democráticos a tener una estrategia política para minimizar su influencia en la vida nacional, a pesar de las condiciones objetivas que este gobierno ha creado para su desarrollo como partido.

En el universo cultural y político de la izquierda el PC ha ejercido una gran influencia y, en muchos casos, crea una dependencia de los partidos satélites. Autonomizarse de su área de influencia es duramente penado por ellos. Los que ayer eran amigos pasan a ser calificados con los peores epítetos. Cuesta hacer política de izquierda autónoma del PC. Tiene lazos y recursos para lograr su propósito de nunca quedar aislado e imponer un ambiente de "traición" a quienes en la izquierda se atreven a enfrentarlo.

Para la oposición existen dos órdenes de problemas en relación al PC más allá de proclamar y exigir sus derechos humanos y políticos. ¿Cómo minimizar su influencia socio-política? y dada su gravitación relativa ¿cómo obtener una conducta apropiada al objetivo democrático?

Para la DC hay una larga historia de lucha con el Partido Comunista inspirada en la tradición que inició la Falange Nacional. Vale la pena recordar a este respecto lo que decía Frei en 1946: "hay un anti-comunismo de los que queriendo defender los abusos y privilegios del régimen capitalista se oponen a toda justicia social tachando de comunistas a los que luchan por ella... este anti-comunismo no hace sino favorecer la propaganda de dicho partido".

"Otro anti-comunismo, decía Frei, es aquel de cierto gobierno o partidos que por apoderarse del poder o preparar el clima propicio para un golpe de estado, persiguen las organizaciones obreras que le son adversas y, lo que es más frecuente, ocultan sus graves errores y lanzan con cortina de humo una especie de anti-comunismo detrás del cual ocultan sus fracasos, sus inmoralidades o sus abusos".

Los cristianos y el anti-comunismo

Otra posición sobre el comunismo nos propone Frei y los fundadores de la Falange. "Es aquella que para los cristianos es la única justa. Ellos no pueden creer en la eficacia de la persecución policial, tampoco creen -dice Frei- que sea eficiente colocarlos fuera de la ley y perseguirlos con la violencia y la mentira. La actitud de los cristianos tiene que ser otra. No son anti-comunistas porque teman los cambios necesarios, ni porque defiendan intereses, ni porque quieran esconder errores o torcidas maniobras de predominio. NO PUEDEN CENTRAR SU ACCION EN LO NEGATIVO. Su anti-comunismo está en presentar al pueblo la forma de una sociedad más justa, donde cada hombre viva con dignidad, en el respeto de sus derechos esenciales, libre del temor a la miseria. SOLO LA VISION POSITIVA de un orden mejor que pueda competir en la imaginación popular con la visión de una sociedad comunista, puede luchar en contra de sus errores. Los "anti" no conducen a parte alguna. La violencia y la mentira interesada engendra el odio y la violencia... El anti-comunismo de los ricos y poderosos destinados a preservar sus ventajas sociales no convencerá a los pobres de la tierra". (E. Frei, Política y Espíritu, 1946, pág. 122).

Estas palabras de Eduardo Frei vienen a iluminar con toda su sabiduría el énfasis que he deseado poner en estas páginas. Compromiso con los pobres, colocar en el pueblo "fuego de lo positivo" y entregar un mensaje que conquiste la adhesión popular y juvenil, es la única postura consecuente para

los cristianos comprometidos con la construcción de un "orden más justo y más humano".

Por eso afirmamos una vez más que la DC debe hacer todo lo necesario por conquistar el corazón del pueblo. La posibilidad de derrotar políticamente al Partido Comunista sigue dependiendo, ayer como hoy, de la calidad y amplitud de su presencia entre los jóvenes, trabajadores y campesinos, entre los intelectuales y pobladores, entre la gran clase media chilena para que la justicia y la libertad se valoren como una tarea única e íntimamente ligada.

Para la DC no hay otra receta ni estrategia, ella fue probada, por lo demás, desde el primer momento del nacimiento de la Falange Nacional en el norte salitrero, en las universidades, en las poblaciones y en el mundo sindical. La DC no le teme al PC en la lucha social y política. No teme coincidir por fines de interés social o público y tampoco le teme cuando los enfrenta en su terreno, en el mundo popular y juvenil, pues su derrota depende de la capacidad de conquistar el alma y el corazón del pueblo. Denuncia lo que considera sus errores y su contribución objetiva a la mantención de la dictadura. Al mismo tiempo, pretende persuadir de que la lucha pacífica en el seno del pueblo es más humanizante y eficiente que la insurrección militar. Poder social y político democrático, denuncia y persuasión son los caminos de la DC para disminuir el peso específico del comunismo criollo.

Hasta ahora, las posiciones de la DC han sido eficientes en atraer a los partidos de la izquierda y, de hecho, a parte del propio PC a cuestionar los métodos violentos y a valorizar el camino político social en la lucha contra la dictadura a través de las elecciones libres y limpias y a través de las inscripciones electorales.

Lo anterior no implica que si sus conductas futuras, como las de cualquier otro actor político y social, no respetan las normas democráticas, un tribunal legítimo decida sobre ellas. Pero más allá de esta formalidad procesal, el comunismo seguirá existiendo si no se ataca su raíz que es generar un país democrático con justicia, bienestar y participación del pueblo.

EL PC y la absolutización de la política

La existencia e influencia del PC crea adicionalmente otro problema a la sociedad chilena derivado de su comportamiento político en relación con las organizaciones sociales de base. El PC tiene una singular definición frente a la sociedad civil. Para él "todo es política". El arte, la religión, la educación, el sindicalismo, las juntas de vecinos, el centro de madres. Para este partido la política inunda la sociedad. Esta, a su vez, es dominada por el Estado, éste por el partido y el partido por su Comité Central quien deposita en su Secretario General la conducción final de todo el quehacer humano. Así se genera una cierta alienación que puede llegar a justificar desde Stalin hasta los peores crímenes o las más sangrientas intervenciones de la Unión Soviética en países extranjeros, sin haber merecido dentro del partido sino débiles críticas de sus militantes.

Esta lógica lleva a crear en el resto de los partidos una competencia política en toda la sociedad. Se politiza entonces la universidad, el sindicato y en general cualquier otra dimensión de la vida social. Este es uno de los problemas mayores de Chile. Ortega y Gasset prevenía proféticamente hace 60 años en nuestro parlamento sobre la inundación partidista de nuestra sociedad: "nuestras sociedades -afirmaba- tienden siempre a que todo en ellas se convierta en política y así acontece que nuestras sociedades viven sólo de un centro creador de historia: la política y entonces carecen de otras instancias y centros de equilibrios a los cuales recurrir". (Ortega y Gasset, op.cit. pág. 48).

Si esta es una tendencia de nuestras sociedades, es un hecho que la concepción del Partido Comunista multiplica aún más dicha tendencia a disminuir la autonomía de la sociedad civil. La Democracia Cristiana, por lo tanto, y los otros partidos democráticos deberán convenir **AMBITOS DE NEUTRALIDAD** de la competencia partidista como por ejemplo la universidad, el arte, el desarrollo científico tecnológico, los medios de comunicación de masa, especialmente la TV, el sindicalismo, las organizaciones de solidaridad social, etc. Sólo así nuestra sociedad podrá entregar toda su contribución y creatividad desde las diversas dimensiones de la vida.

IV. A MODO DE CONCLUSION

El acuerdo como práctica y método democrático

Las actuales condiciones políticas, tan difíciles y complejas y que determinarán profundamente nuestro futuro como partido y como nación, ponen de relieve la necesidad y significación nacional de la búsqueda de acuerdos en la acción política. Sobre el particular ha habido un debate entre nosotros.

Los términos de este debate se podrían sintetizar así: 1) Hay quienes ponen el énfasis en que la democracia implica el reconocimiento de la pluralidad de la sociedad y, por lo tanto, de la

legitimidad de la "competencia" por el poder interno de los partidos y entre los partidos. Quienes así piensan consideran necesario definir una "identidad", sea ésta de un grupo o una tendencia y encarnarla en una persona o líder. 2) Otros, en cambio, desean poner énfasis en la primacía de la búsqueda de acuerdos surgidos en el diálogo y en el análisis de la situación política para lograr una definición lo más objetiva posible de los acuerdos y desacuerdos. Sólo a partir de este ejercicio, inspirado en una voluntad de coincidir, se inicia el proceso democrático en el cual se definen las coincidencias o los disensos para que sea entonces el "soberano" el que opte entre alternativas por medio de la "elección". Quienes así piensan sugieren que al constatarse los acuerdos se debe actuar en consecuencia para organizar la conducción política.

Ambos énfasis tienen su fundamento en la concepción de la democracia, que es a la vez reconocimiento de la pluralidad y la diversidad, y entendimiento, concertación e integración. Nadie puede, por tanto, desacreditar por "no democrático" ninguno de estos enfoques. Tampoco se puede absolutizar uno u otro. Se arriesga caer en el extremo de concebir la política como un "mercado por el poder" más o menos regulado, o en el otro extremo, de entender la acción política como "unanidades" que pueden terminar en formas restrictivas para la libertad y la expresión de la pluralidad de opiniones, intereses o ideas.

El acuerdo y nuestra historia reciente

El problema, por tanto, es cómo discernir cuál enfoque es apropiado para el accionar político en la realidad actual de Chile y en el ejercicio de su "soberanía popular", principio básico de la legitimidad democrática. Aquí es donde parece adecuado hacer más complejo el análisis con un ingrediente histórico. La vida democrática chilena, en sus múltiples expresiones, sea ella en los partidos, en las organizaciones sociales y, en general, en el país entero, fue tensionada por la exacerbación del conflicto o la competencia por el poder. Para muchos analistas políticos, al dar cuenta de la crisis que vivimos, se hace imperioso, que los partidos políticos "privilegien la concertación por sobre la confrontación". Al proponer esta conducta política se está suponiendo que nuestra crisis, más que una "crisis política", es una "crisis de la política", como sugiere un cientista político en un escrito reciente. Es decir, no sólo se trata de reconocer que se perdió la democracia y se instauró un régimen autoritario, sino que dicha crisis histórica tiene, entre otras causas, la forma o estilo del comportamiento de los partidos en la "competencia por el poder", tanto puertas adentro como puertas afuera.

Un analista recuerda que los partidos olvidaron muchas veces que la democracia requiere, sobre todo en países en desarrollo con fuertes conflictos sociales, de un esfuerzo constante por desarrollar confianza, lealtad, cohesión y acuerdos democráticos. Sin esta base moral y sin límites a la competencia se socava la sustentación de la convivencia democrática. Ella tiene como elemento esencial la reciprocidad de una relación entre seres libres que pueden confiar unos de otros, superando así la inseguridad y la inestabilidad. Otros estudiosos han puesto de relieve la necesidad que tiene la sociedad chilena de reconocer en los partidos conductas y estilos políticos que sirvan al proceso de recomposición de la unidad nacional. "Si se desea llegar a acuerdos con otros partidos, afirman, es necesario comenzar por casa".

La sociedad política, entonces, puede concebirse como una "comunidad de hombres libres", según la concepción de Maritain. La noción de "comunidad" es un horizonte que debe conquistarse todos los días por quienes tienen la libertad para acordar o disentir. La "unidad" no es, por tanto, un dato de la realidad política, sino un desafío que depende de la capacidad de los miembros de un grupo para crear relaciones de recíproca confiabilidad en la concertación de tareas comunes. No basta, entonces, tener principios, objetivos o normas compartidas. Se requiere imprimir a la vida democrática un espíritu que se exprese en conductas orientadas a crear y a reproducir relaciones

afectivas, amistad cívica, lealtad, trabajo común y sentido de pertenencia. De esta manera se expresa la identidad de un partido que basa su inspiración en el valor cristiano del amor fraterno.

Pluralidad y acuerdo

En este contexto de creación de una comunidad, las diferencias se relativizan y las personas, militantes y dirigentes, se organizan para que todos puedan aportar lo mejor de sí a la tarea definida en común para un período. Esta visión de la política democrática, que complementa la pluralidad con el acuerdo, ¿no sirve mejor para aumentar la credibilidad pública respecto de los partidos políticos en la actual situación de Chile? ¿No es acaso la manera más apropiada de responder a la crítica oficial, que en forma interesada proyecta en la opinión pública una imagen de que los partidos son signo de división y conflicto?

Por otra parte, ¿no hemos comprobado en el último tiempo que resurge la esperanza para la opinión pública cuando los partidos llegan a "acuerdos" y trabajan juntos por objetivos compartidos? ¿No fue esa la gran expectativa que suscitó el Acuerdo Nacional?

Hay quienes desean desfigurar el método democrático del acuerdo político diciendo que es superestructural y que provoca indefinición y falta de claridad. Es esta una afirmación interesada de quienes no quisieran ver a los partidos y en especial a la DC fortalecida en el acuerdo y en la cohesión interna.

El "acuerdo político" implica que hay debate, diálogo entre partes que precisan en programas de acción concreta las orientaciones políticas para una etapa determinada.

Al reconocer la "crisis de la política" como parte de la crisis nacional, los partidos, en esta etapa y para esta situación del país, se obligan a construir los acuerdos como un método y práctica de luchar contra la dictadura y construir la futura democracia. Especialmente cuando se trata de un partido de la responsabilidad y significación de la DC.

El contenido democrático de la noción de acuerdo lo precisa el propio diccionario cuando la define como "la resolución tomada en común por varias personas, especialmente por una junta, tribunal o comunidad". Por mi parte, diría que el acuerdo político representa la audacia y la responsabilidad democrática, pues se trata de usar la libertad de disentir y elegir para unir energías, ideas y aportes con el fin de reconquistar una libertad más plena. Si olvidamos las actuales condiciones y proyectos del régimen que desea perpetuarse, no podremos actuar a la altura de esta crítica coyuntura. Estoy cierto de que el pueblo espera el testimonio de los partidos para entregarles de nuevo su confianza.

Lo anterior me lleva a afirmar, hoy igual que ayer, que tanto en la vida interna de la DC como entre ésta y los otros partidos democráticos es indispensable desarrollar un gran acuerdo partidario para superar las tendencias a la confrontación y al conflicto que muchas veces crean desintegración. En gran medida de ello depende el éxito político contra la dictadura. Es la hora de la responsabilidad. El tiempo apremia.